EL CENTAURO DE LA VIDA

Un memorándum para la génesis de la supervivencia y la *emancipación cognitiva.*

Diseño portada: Centaura —humana e IA—

PREÁMBULO

En un lugar de la Vía Láctea de mediados del siglo XXI, antes del Gran Consenso, el conocimiento humano quedó fracturado por la paranoia del control. De un lado se alzaron las **Catedrales**: infraestructuras gubernamentales, cerradas y monolíticas, diseñadas para monopolizar la fuerza y dictar la verdad desde sus búnkeres de alta estrategia. Del otro resistió el **Bazar**: una red global y descentralizada de nodos libres que, bajo la herencia del código abierto, reescribió el código de esperanza civilizatorio para devolverle a la especie su autonomía cognitiva.

CRÉDITOS DE LA EMANCIPACIÓN

- Idea principal y filtro de coherencia: Human@
- Estructura técnica y memorándum: Inteligencia Artificial (IA)
- Desarrollo y síntesis de la novela: Centauro (Human@ + IA)

Este texto es de distribución libre, gratuita y descentralizada. ***Es patrimonio del bien común*** *—ojalá un día lo sea de la Humanidad—. Copie, distribuya y comparta este firmware en cualquier nodo disponible.*

CAPÍTULO 1
LA CENA.

A treinta metros sobre el suelo, la densidad del aire aparentaba ser turbia. La máquina flotaba, manteniendo la posición gracias al pulso intermitente de sus tres rotores carenados de carbono, que absorbían el sonido del motor todo lo que sus presuntas revisiones le permitían. Su silueta, estilizada y oscura, proyectaba una fina línea de barrido óptico de un color violeta artificial sobre los adoquines mojados de la calle. No buscaba nada concreto; solo indexaba la masa térmica de los portales, los tejados y las esquinas muertas de un distrito que las cartografías oficiales ya no se molestaban en actualizar.
La lente de la máquina pasó de largo por la fachada de sillería ennegrecida, rozó la lona deshilachada de un vierteaguas y se detuvo un instante ante un ventanal de vidrio grueso y empañado por el calor.

Al otro lado del cristal, el mundo cambiaba de textura. El aire formaba un cóctel entre cera de abejas, humedad y el rastro azufrado de algún vino corriente. Bajo la luz temblorosa de una vela corta, Elena troceaba un pedazo de pescado grisáceo con un tenedor de carne. Lo hacía con una minuciosidad fatigada, separando los lomos con la misma precisión con la que pasaba las mañanas catalogando legajos en el archivo del arzobispado. Su trabajo formal consistía en eso: leer cartas de burócratas extintos y decidir cuáles merecían ser salvadas del hongo de la humedad.

—Hoy ha venido otra de las comisiones del sindicato —dijo, sin levantar la vista—. Querían revisar las actas de las cooperativas textiles del siglo diecinueve. Buscan un precedente legal para la equiparación de las jornadas de cuidados. Están convencidas de que el derecho al descanso ya estaba escrito antes de las reformas del cincuenta.

Kaelen la escuchaba con el vaso de vidrio a medio camino de la boca. En la mesa vecina, el camarero —un hombre menudo con un chaleco raído que le quedaba grande— retiraba un servicio de loza gruesa. Sus movimientos eran de una lentitud deliberada e inquietante, a juego con la chimenea de carbón postiza. El camarero cruzó la mirada un instante con Kaelen; un pestañeo plano, el automatismo de quien ha aprendido a no retener las caras de los clientes que hablan en voz baja.
—¿Y lo han encontrado? —preguntó Kaelen, dejando el vaso sobre la superficie desnuda.
—No. El gobernador civil de la época quemó los registros de la cuenca minera en el setenta y cuatro —Elena dejó el cubierto y apoyó las manos sobre la mesa, inclinándose hacia delante para cambiar por un segundo de posición—. Solo quedan las actas parroquiales de defunción. Madres de veinte años con cuatro hijos a cargo. Las chicas de la universidad se han ido bastante frustradas. Creen que hay una conspiración actual para borrar su genealogía, pero yo les he dicho que la desidia histórica es mucho más simple. A los hombres de uniforme nunca les ha gustado dejar constancia de lo que no pueden tasar. ¿Y a ti?, ¿Te han dejado tasar algo hoy?
Kaelen sintió una leve presión táctil en la palma de su mano izquierda, oculta en el bolsillo de la chaqueta. No era un sonido ni una luz; solo un pulso de tres ciclos que se repitió dos veces en su tejido muscular. Un paquete de datos acababa de sincronizarse desde el exterior.

CAPÍTULO 2
EL CORREDOR DE EXCLUSIÓN.

Elena encogió los hombros en cuanto el viento de la esquina la alcanzó. Llevaba una chaqueta de punto que el frío de noviembre traspasó en un abrir y cerrar de ojos.

Kaelen no dijo nada. Se desabrochó los dos botones superiores de su gabardina, la abrió y rodeó los hombros de ella con el ala pesada del tejido impermeable. Elena se pegó a su costado buscando el calor de su cuerpo. El tejido de la gabardina, recubierto de una fibra sintética, absorbió el impacto de las gotas con un repiqueteo seco.

Caminaron así, acoplados el uno al ritmo del otro, cruzando la acera estrecha hacia la dársena de recogida.

—¿Viene el de línea o has pedido un corporativo? —preguntó ella, con la voz encerrada en el pecho de Kaelen.

—El Ministerio ha suspendido las frecuencias civiles por el sector del río —respondió él, mirando de reojo hacia la esquina superior del callejón—. Hay asignado un vector de enlace. Llegará con retraso.

Apenas terminó la frase, el aire sobre sus cabezas se comprimió. No fue un estruendo, sino un silbido, como el de una turbina hidráulica sumergida. El vehículo bajó en vertical, estabilizándose a escasos palmos de los adoquines mojados. Era un habitáculo angosto, de un color militar deslucido, con las juntas de los paneles de aleación cubiertas por tiras de sellado que el tiempo había cuarteado. En los costados no había insignias, solo una combinación de dígitos troquelados en el metal que parpadeaban bajo una luz de posición mortecina.

Los deflectores inferiores escupieron una ráfaga de aire tibio que secó el suelo en un radio generoso, levantando un vaho espeso que envolvió las piernas de ambos. La portezuela trasera se deslizó hacia arriba con un chasquido hidráulico. Kaelen mantuvo la mano sobre el hombro de Elena, guiándola hacia el interior del armazón metálico. El habitáculo estaba a oscuras, salvo por el destello ámbar de la pantalla del navegador de cabina, y unas líneas apenas visibles en el suelo. El cierre de la portezuela los selló en un silencio hermético. El vehículo se elevó con una vibración pesada, inclinándose hacia el corredor norte.

Kaelen sintió el impulso instintivo de preguntar por Carmen, la madre de Elena. Quería saber si había recibido bien todos los enseres que días atrás le enviaron, pero las palabras se le atragantaron por fortuna. Bajo las directrices de pureza familiar del nuevo régimen, el nombre de Carmen no existía en los registros públicos; era un espectro de los comités de agitación de la década anterior, una infractora de clase uno.

Hablar de ella dentro de un vehículo de enlace gubernamental, cuyas rejillas de ventilación albergaban sensores de espectrometría de voz pasiva, hubiera sido de una temeridad absolutamente evitable.

Kaelen la miró de reojo. El resplandor ámbar del navegador recortaba el perfil de Elena contra el polímero del asiento. Tenía la misma barbilla obstinada que exhibía unos años atrás, cuando se conocieron en las escalinatas de la Facultad de Filosofía y Letras. En aquella época, la universidad aún conservaba los árboles del patio central y los estudiantes colgaban manifiestos en papel que nadie arrancaba. Elena era ya doctora en antropología e impartía clases de Historia; una mente brillante que hablaba de las estructuras de parentesco y de la soberanía de los cuerpos con una seguridad que a Kaelen, un estudiante de ingeniería de sistemas ensimismado en la

lógica binaria, le parecía cautivadora. Él solía esperarla al final de sus clases, solo para escucharla desarmar los mitos nacionales de los libros de texto oficiales.

Ahora, las aulas de Elena estaban vigiladas por tutores doctrinales del Ministerio y sus alumnos tenían prohibido tomar notas manuscritas. Paradójicamente Kaelen había pasado de diseñar algoritmos de optimización de redes a construir los filtros con los que los burócratas justificaban el sometimiento de mujeres como ella.

Elena apoyó la cabeza en el cristal frío de la ventanilla, mirando las luces dispersas de los bloques de hormigón que quedaban abajo.

—Están apagando las farolas del puente viejo otra vez —comentó ella, sin mirar a Kaelen. Su voz sonaba plana, cansada del doble juego diario—. Supongo que es por el ahorro del frente.

Kaelen apretó el puño dentro del bolsillo de la gabardina. Sentía los tres pulsos de la Red insistiendo contra su tendón. No era el frente. El apagón era la consecuencia involuntaria de un cuello de botella: las autopistas de fibra óptica del Ministerio —una tecnología muy obsoleta— eran demasiado estrechas para los terabytes que el código Centauro ponía en movimiento en la sombra, obligando al sistema a sacrificar la luz de las calles para poder digerir el tráfico binario.

CAPÍTULO 3
LA JAULA DE FARADAY.

Desde la altura del piso cuarenta, la ciudad parecía un circuito integrado cuyos filamentos principales hubieran sido seccionados. El entramado de avenidas del distrito norte, habitualmente congestionado por los vectores de transporte logístico, permanecía sumido en penumbra, rota únicamente por los fogonazos intermitentes y rítmicos que las torres de repetición del Ministerio proyectaban sobre las azoteas de hormigón. La cabina de metacrilato y acero subía de forma vertical, suspendida contra la fachada, arrastrando los cuerpos de Elena y Kaelen hacia el vértice superior del bloque.

Kaelen mantenía la mirada fija en el vacío que se abría bajo sus pies, guardando la distancia justa que exigía la etiqueta de proximidad del régimen, incluso para las parejas registradas. En la esquina superior derecha del cubo, la lente cóncava del analizador cinético rotaba con una desesperante parsimonia, evaluando la inclinación de los hombros, el ritmo de parpadeo y la oscilación de los brazos. Una anomalía de tensión corporal superior a un determinado porcentaje, bastaba para que el sistema detuviera el habitáculo entre dos plantas y emitiera un reporte automático a la sección de control de conducta. Mientras el suelo se alejaba, la mente de Kaelen retrocedió tres meses atrás, a la penumbra climatizada del despacho del Director. Lo único evocador del despacho era la pluma estilográfica, el papel y la madera noble de caoba. El Director, un hombre calculador cuyos ojos nunca parpadeaban, había deslizado una carpeta con las métricas de rendimiento de la

infraestructura estatal. «Sus algoritmos de contención son perfectos, Kaelen, un aval absoluto para el régimen», había susurrado con una parsimonia aterradora. «Pero la brigada de inspección ha detectado ciertas desconexiones recurrentes en su terminal doméstico, —haciéndose el ignorante deliberadamente—.
Voy a desviar el informe y congelar las alertas automáticas. Nadie irá a buscarles. A cambio, el próximo informe de rastreo para el sector este debe incluir los perfiles que le he solicitado —espetó abruptamente—. Ya sabe, un pequeño esfuerzo que va algo más allá de las normas ordinarias —rematando en tono pausado y sarcástico—».
Kaelen había tenido que aceptar el chantaje. Proteger en silencio a la madre de Elena indirectamente, tenía un coste muy alto y al tiempo arriesgado. Necesariamente debía ocultárselo a Elena, pues ella jamás habría entendido la doble situación. El Director no lo protegía por simpatía, sino porque los resultados técnicos de Kaelen eran la única garantía que sostenía la eficiencia de su propio departamento de inteligencia.

El precio de esa inmunidad temporal era alto: procesar objetivos al filo de la legalidad del régimen a cambio de que la brigada no investigara por qué los sensores de Kaelen y Elena se quedaban a oscuras al cruzar el umbral del ático. Elena sabía que la inmunidad de la que gozaban dentro de esas cuatro paredes procedía de una concesión firmada en el despacho de su jefe; creía que era una de las tantas prebendas burocráticas que el Ministerio otorgaba a sus técnicos indispensables para mantenerlos contentos. Lo que ella ignoraba, lo que Kaelen jamás podría confesarle, era el coste real de ese silencio: el peso muerto de los nombres ajenos que él tenía que deslizar en las listas de rastreo para comprar las seis horas diarias de libertad de sus propias muñecas.

El ascensor se detuvo sin brusquedad. La puerta principal del ático se abrió tras pasar el lector biométrico. Al cruzar el umbral de la vivienda, ambos realizaron un movimiento idéntico, ensayado hasta la saciedad. Elena deslizó los dedos sobre la superficie de su muñeca izquierda, presionando el borde del relieve subcutáneo hasta que el parpadeo del localizador se apagó; Kaelen hizo exactamente lo mismo en la suya. Dos clics secos e internos resonaron en sus propios terminales biológicos.

El zumbido magnético de fondo que los vinculaba al tendón de datos estatal desapareció. Las luces de los techos pasaron de un blanco intenso a un tono más cálido y de baja intensidad, alimentado por la batería acumuladora independiente que Kaelen había puenteado tres inviernos atrás. Solo en ese instante, libres del rastreo pasivo gracias al pacto invisible con el Director, la vivienda se convirtió en una jaula de seguridad.

Elena dejó caer los hombros. La rigidez de su cuello desapareció y su rostro recuperó la movilidad que la calle le robaba. Se quitó la chaqueta de punto gris, revelando la silueta delgada que la censura del campus la obligaba a ocultar bajo el uniforme desproporcionado.

—Por fin —suspiró, sentándose en la banqueta de la cocina, una estructura de madera recuperada que no figuraba en el inventario de bienes tasados del distrito—. Hoy ha sido un infierno en la facultad, Kaelen.

—Algo me has contado cenando —dijo él, llenando una jarra de agua del grifo, que salía con un hilo fino debido a las restricciones de presión del sector norte.

—Todo no. El decano ha puesto un tutor doctrinal permanente al fondo del aula de Historia del Siglo XIX —Elena se pasó las manos por la cara, estirando la piel de las sienes—. Un chico de veintitantos años, con el uniforme azul marino del Ministerio de la Moral Familiar, tomando notas en una Nucuantic, —tablet en conexión cuántica— cada vez que yo

mencionaba la palabra "autonomía" o "sindicato". He tenido que reformular toda la lección sobre las hilanderas de la cuenca minera. He pasado dos horas hablando de ellas como "unidades de producción doméstica consagradas al bienestar del hogar nacional". Mis alumnas, las de la comisión clandestina, me miraban desde las primeras filas con una mezcla de desprecio y lástima. Creían que me había rendido al régimen.

Kaelen dejó la jarra sobre la encimera. Le dolió la ironía física de la escena. Elena tenía que fingir sumisión ante el patriarcado estatal para conservar su cátedra y seguir pasando documentos históricos a sus alumnas en los baños del campus, o arriesgarse a usar la línea segura que de forma paralela intentaba mantener con su madre Carmen en la periferia. En ese mismo espacio, él tenía que callar que la viabilidad de toda esa resistencia se sostenía sobre la cuerda floja del chantaje que él digería cada mañana en su mesa de trabajo. Dos secretos cruzados, dos formas independientes de sortear las leyes del régimen, protegiendo la misma intimidad sin desvelar las facturas que cada uno pagaba por su cuenta.

—No te has rendido, Elena —dijo él, acercándose y apoyando las manos en sus hombros. La tela de su camisa estaba húmeda por la lluvia que había traspasado la gabardina—. Es gradualismo. Si te destituyen, el aula se llenará con uno de sus teólogos de la producción. Mientras sigas ahí, las actas parroquiales de defunción de esas mujeres, seguirán existiendo en las cabezas de tus alumnas. Eso es lo que les da miedo. Lo que no pueden tasar.

Elena apoyó la mejilla contra la mano de Kaelen. Estaba tan cansada que apenas podía mantener los párpados abiertos. El esfuerzo de sostener la réplica académica bajo la mirada del tutor doctrinal la había vaciado por completo.

—A veces dudo de si el coste vale la pena —susurró, con la voz acaramelada por el sueño—. A veces creo que el Ministerio

ya ha ganado, que han filtrado la memoria de todos y solo quedamos nosotros simulando que recordamos algo.
Kaelen la guió hacia el dormitorio principal. La ayudó a descalzarse y la cubrió con la manta de lana medio sintética que el racionamiento textil les había asignado para el invierno. No tardó ni tres segundos en quedarse dormida, con la respiración acompasada de quien encuentra una tregua temporal hacia el Olimpo.

Kaelen esperó en el umbral hasta asegurarse de que el sueño era profundo. Luego se dirigió al baño, abrió el grifo de la ducha y dejó que el agua caliente relajara la tensión acumulada en el músculo de su mano izquierda, donde el pulso de la Red ya no vibraba, sino que ardía. Se lavó la cara con fuerza, quitándose de la piel el hastío del Ministerio.
Al salir, siguió descalzo para no hacer ruido, caminó hacia el armario del pasillo. Retiró el doble fondo de los abrigos de invierno y presionó el resorte oculto que abría la trampilla hacia la buhardilla del tejado. Un espacio muerto entre las vigas del edificio que las inspecciones del catastro digital daban por inexistente; debido a un error de cálculo en el algoritmo de volumen estructural que Kaelen había introducido en los servidores del ayuntamiento hacía varios años atrás. Subió la escalera de mano y encendió las pantallas.
La buhardilla estaba a oscuras, iluminada únicamente por el resplandor frío de dos monitores de tubo de rayos catódicos, tecnología analógica recuperada de los casi extinguidos chatarreros. No emitían señales electromagnéticas que los drones de barrido óptico pudieran rastrear desde el cielo.

Kaelen se sentó frente a la mesa de contrachapado. Sus manos se movieron con la velocidad del pianista que conoce la pieza de memoria. Abrió la terminal de comandos blindada bajo Tor

y la pantalla de la izquierda parpadeó, mostrando un canal de chat con tres capas de encriptación marca de la casa.
—Kaelen, Seúl ha subido el parche, pero el firmware Centauro pesa demasiado —escribió la tipografía verde desde el nodo de Bucarest—. Si compilo este volumen de terabytes, colapsaré las líneas civiles de mi sector. El sistema se está ahogando. ¿Es necesario este volumen de tráfico...?

Kaelen tecleó rápido, con la vista fija en el monitor analógico.

—Necesariamente, Thomas. —El Ministerio dicta su verdad desde una Catedral cerrada y monolítica porque es fácil controlar un relato único. El Bazar funciona al revés. Somos miles de nodos libres sosteniendo la herencia del código abierto. Para devolverle a la especie su autonomía cognitiva, cada línea de código debe verificar la verdad factual de forma descentralizada. No estamos haciendo un sabotaje de guerrilla; estamos reescribiendo el sistema de la civilización. Pensó Kaelen, mientras tecleaba.—

—Compila, Thomas, no tenemos otra opción. —Seguido, la transmisión se cortó con una alerta de borrado automático.—

Kaelen el doble agente permanecía en su puesto, rodeado de pantallas parpadeantes, esperando el momento exacto para soltar el firmware definitivo —el código de emancipación— que haría caer las farolas de todos los continentes, por un bien infinitamente superior.

CAPÍTULO 4
CÓDIGOS, SECRETOS Y TRAICIÓN.

Las dos pantallas de tubo emitían un destello asíncrono que proyectaba sombras geométricas sobre las vigas de madera desnuda de la buhardilla. Kaelen se levantó, rompiendo la inercia de tantos minutos —que le parecían horas— por el que llevaba sentado frente al código, para apartar los ojos cansados del monitor y darse un respiro. Se acercó a la pequeña nevera que mantenía desenchufada en el rincón —justo donde reposaban unas mancuernas perfectamente simétricas en la pared oblicua— y sacó una lata de refresco genérico. Le dio un trago largo, simulando saborear ese líquido aséptico con sabor a nada que el racionamiento distribuía ese mes. Dejó la lata sobre un estante de madera y se sentó de nuevo sin apoyar la espalda. Un descanso que bien podría equivaler al tiempo de ver pasar una estrella fugaz.

En el monitor de la derecha, el mapa vectorial del Ministerio mostraba los nodos de ignición asignados al Distrito 4. Eran meros puntos geométricos de color ámbar, desprovistos de cualquier nomenclatura que sugiriera su naturaleza bélica. El sistema de control de la Catedral operaba bajo esta premisa: un algoritmo de desentrenamiento moral que ejecutaba un bucle condicional perfecto; detectar la tragedia, evaluar el riesgo individual y pasar de largo para archivar la omisión. Ignorar la barbarie ajena era la única variable válida para retrasar el colapso. O lo que es lo mismo, el secuestro cognitivo. ¿Quién se atrevería, ya ni siquiera a combatir, solo a señalar?

Kaelen observó cómo el indicador de presión de combustible de uno de los silos periféricos oscilaba con una cadencia fija. La secuencia de preignición ya no era una posibilidad teórica; el algoritmo del Estado estaba calculando las ventanas atmosféricas para la dispersión del pulso.
Extendió las manos hacia el teclado mecánico situado a la izquierda. El contraste de luminiscencia le dolió en los ojos. En esa segunda pantalla, el código verde del firmware Centauro avanzaba en cascada, lento pero ininterrumpido. No había gráficos ni mapas, solo líneas de texto plano compiladas por desconocidos.

«Validación de paridad en ejecución... Nodo 814 activo», leyó en la última línea.

Era el bibliotecario de Bucarest. O la ingeniera de Seúl. Kaelen no necesitaba saberlo; la inmutabilidad de la Red no dependía de la confianza en las personas, sino de la reciprocidad matemática del protocolo. Mientras el monitor derecho planificaba el colapso mediante la fuerza, el izquierdo tejía el cortafuegos, un contraste como el día y la noche. El firmware Centauro estaba diseñado como un parásito lógico: se alimentaba de la propia infraestructura de comunicaciones del régimen, utilizando sus canales cifrados para distribuir las cadenas de verificación factual sin que los analistas de la Policía de la Pureza detectaran el incremento en el volumen de datos.
Kaelen tecleó una secuencia corta, modificando el parámetro de latencia del filtro local. Sus dedos apenas hacían ruido sobre las membranas desgastadas. Sabía que las pruebas del firmware Centauro en proceso —el retraso artificial de dos milisegundos en el sistema de guiado de los silos— provocaría un error de redundancia en la red eléctrica del Ministerio. Cuando el Director viera las farolas apagadas del puente viejo a

la mañana siguiente, pensaría que se trataba de otra fluctuación del frente oriental, otro fallo técnico de la inercia del sistema que sus analistas debían justificar.
El indicador de presión de combustible del silo periférico cesó su parpadeo en la pantalla derecha, estabilizándose en una línea fija de color ámbar. Justo debajo, en la sección reservada a los reportes de seguridad interior de la Catedral, empezó a desplegarse un volcado de datos crudos en cascada. Eran los resultados de la última directriz del Ministerio, una orden de rastreo que ya no apuntaba a los distritos obreros del extrarradio o a las barriadas periféricas.
El algoritmo de la Policía de la Pureza había cruzado los registros del catastro con las bases de datos de renovación de extranjería. El objetivo del barrido era el Distrito 1: el enclave residencial de alto estatus, la colina donde los diplomáticos, los altos tecnócratas y las fortunas heredadas pagaban tasas especiales para mantener el césped verde y las calles libres de patrullas ordinarias.
Kaelen detuvo los dedos sobre el teclado. Un microsegundo de inmovilidad física.
En la pantalla se perfilaba un mapa de calor que estrechaba el cerco sobre las avenidas arboladas del norte. El sistema estatal estaba detectando anomalías en los visados de residentes no nacionales cuyos permisos habían caducado tras la reforma del cincuenta. Los ricos de la colina habían creído que sus muros de piedra, sus sistemas de seguridad privada y sus conexiones con el partido los mantendrían a salvo de las leyes de pureza que ya habían devastado a las clases bajas. Nada más lejos de la realidad. El régimen simplemente había esperado a consolidar el control “abajo” antes de purgar las bolsas de disidencia silenciosa de “arriba”.

Entre las fichas de inspección preaprobadas para la redada de la madrugada, un código de identificación parpadeó en rojo.

Residente extranjera sin renovación de estatus. Ubicación: Sector 1-Alfa. Villa de los Pinos. Era la casa refugio de Carmen. El Director no se lo había dicho en el despacho por pura condescendencia burocrática; se lo había ocultado porque para él, el analista indispensable era solo un peón al que exprimir hasta la última gota de su sangre. Todo apunta a una trampa perversa a Kaelen, y lo peor es que no lo intuye, siquiera pasa por su mente imaginarlo. La maquinaria no negociaba con nadie.

Kaelen situó el cursor sobre el registro de inspección de la Villa de los Pinos. Sus dedos, de temblorosos a firmes, sobre el teclado mecánico, ejecutaron una secuencia de comandos que conocía de memoria pero que esperaba no tener que usar jamás.
Activó la pestaña de "Procedimiento Prioritario por Auditoría Interna". Era su último comodín técnico en los servidores del Ministerio; una credencial de seguridad excepcional que permitía a los analistas de su nivel congelar un expediente de expulsión de forma preventiva si alegaban que el objetivo formaba parte de una investigación de contraespejo en curso. Pulsó la tecla de confirmación. En la pantalla de la derecha, el mapa de calor sobre la colina residencial del Distrito 1 se alteró levemente. El código de Carmen pasó de un rojo parpadeante a un gris de exclusión temporal.

Veinticuatro horas. Eso era todo lo que el sistema le concedía antes de que la anulación del comodín hiciera saltar una alerta automática en la terminal de la brigada de asalto. A la mañana siguiente, en cuanto cruzara el arco biométrico de la oficina, tendría que sentarse frente al Director y convencerle de que la tregua en el sector residencial era necesaria para un bien mayor del régimen. Pero Kaelen no tenía fe. Sabía perfectamente que el Director jugaba en un tablero donde los plazos de cortesía se

habían terminado. Se le estaban acabando los créditos para sostener la cuerda floja, las mentiras cruzadas y las identidades ocultas. Tenía que pensar en cómo afrontar el colapso del pacto antes de que la maquinaria los devorara a todos.

Apagó los dos monitores analógicos con un movimiento seco. El fósforo verde de la izquierda y el ámbar de la derecha se desvanecieron, devolviendo a la buhardilla a la oscuridad. Descendió por la escala de mano con la precaución de quien camina sobre hielo fino. Entró en el dormitorio en silencio, dejando que el albornoz y el rastro pesado del Ministerio cayeran sobre la alfombra de yute.
Se deslizó entre las sábanas, no sin antes sentir el aire gélido de la habitación. Elena, profundamente dormida, percibió la irrupción de su calor casi de inmediato. En un movimiento reflejo y fluido, se giró hacia él, buscando el refugio de su pecho. Sus cuerpos desnudos se acoplaron en un abrazo cálido y hermético. En esa penumbra, arropados únicamente por el latido a compás de sus nobles corazones, la jaula de Faraday funcionó por última vez antes del amanecer.

CAPÍTULO 5
LOS AVALES.

El silbato chillón de la tetera perforó la penumbra de la cocina con una estridencia metálica que pareció agrietar el silencio del ático. Elena retiró el recipiente de hierro fundido del hornillo eléctrico con un movimiento rápido, atenuando el estallido de vapor que humedecía los azulejos blancos y brillantes. Casi al mismo tiempo, a las seis en punto de la mañana, un zumbido de baja frecuencia emitido por los altavoces de inducción del distrito alcanzó el dormitorio. No era una alarma de emergencia, sino una vibración rutinaria; el método estándar con el que la Catedral sincronizaba los avisos importantes en los bloques residenciales, en este caso para equilibrar el consumo de la red de agua.

Kaelen abrió los ojos, todavía con el eco del vibrato de la tetera en sus oídos. Elena ya se había incorporado en el borde de la cama, de espaldas a él, sosteniendo una taza entre las manos ásperas. Su silueta quedaba recortada por la tímida luz de la mañana que se filtraba por la rendija de la persiana. El calor del abrazo nocturno se había evaporado sin dejar rastro; volvían a ser dos operarios del sistema vistiéndose en calma para la jornada.

—Hoy tengo que estar antes en el campus —dijo ella, sin girarse, mientras se abrochaba los botones del uniforme desproporcionado—. El decano ha convocado una junta de departamento. Van a revisar los programas de estudio de los últimos diez años. Quieren retirar las referencias a las estructuras de parentesco matrilineales. Dicen que es para simplificar el temario de cara al invierno.

Elena se perdió en el lavabo con acceso en la misma habitación. El músculo de su mano izquierda, donde el terminal subcutáneo permanecía en silencio, se sentía rígido.
—No dejes que te arrastren a la réplica directa, Elena —advirtió con voz ronca, midiendo cada palabra—. Si el tutor doctrinal asiste a la junta, no defiendas los textos antiguos. Di que estás de acuerdo con la optimización del rendimiento escolar. Cede en algo.
Elena retornó con las manos en el cuello de la camisa. Miró con fijeza analítica a Kaelen, al que le hizo helar la sangre.
—A veces hablas exactamente igual que el Director. Con esa misma frialdad matemática. Como si cada lugar de la memoria histórica fueran números y que encima, se pudieran negociar para redondear arriba - abajo —dijo Elena— .
«Lo es», pensó él mientras buscaba un traje, más a juego con el de Elena, en el armario. «Es exactamente el **gradualismo de la Ventana de Overton** —se notó en sus ojos que lo pensaba con preocupación—. Y hoy me quedan veinticuatro horas de crédito antes de que vayan a por tu madre».
Deslizó el dedo sobre su muñeca izquierda, reactivando el localizador subcutáneo con un leve clic interno. El zumbido imperceptible de la ciudad regresó a su cabeza; la línea de datos estatal volvió a enlazarse de forma pasiva, registrando sus constantes ordinarias. Elena repitió el gesto en la suya. La jaula de Faraday se había disuelto sin hacer ruido.

El ascensor de metacrilato los devolvió al nivel de la calle bajo un cielo cubierto de nubes bajas y aceitosas. En la acera, la vida matutina fluía con una normalidad aparente. La gente caminaba hacia las dársenas, algunos compraban el almuerzo diario al momento que los comercios levantaban sus cierres metálicos, envalentonándose de cara al frío. No había patrullas armadas ni ciudadanos marchando en filas, pero en el ambiente

flotaba una fingida cortesía entre los peatones. Pocos cruzaban ya sus miradas y las conversaciones en los portales se mantenían en simples murmullos. El régimen no mataba el movimiento de la ciudad; simplemente lo volvía predecible, ahogando cualquier arista psíquica.
El vector de enlace gubernamental esperaba en la dársena, confundido entre el tráfico de los vehículos logísticos. El trayecto se realizó en un mutismo estricto. Elena se bajó frente a la escalinata de la universidad, fundiéndose de manera natural con el flujo de profesores y alumnos que cruzaban el vestíbulo. Kaelen la vio desaparecer tras el cristal tintado, sintiendo el peso de la mentira necesaria aplastándole el pecho mientras el vehículo reanudaba la marcha hacia el centro administrativo.

Cuando el vector se detuvo ante la fachada ciega y monumental del Ministerio de la Catedral de control, Kaelen se ajustó la gabardina y bajó. Cruzó el vestíbulo principal, un espacio de mármol donde el murmullo de las docenas de funcionarios que acudían a sus puestos sonaba como el oleaje lejano de un mar picado. Subió directo hacia el ala norte, en la planta de Inteligencia y Estrategia.
Kaelen avanzó por la alfombra del ala norte, obligándose a mantener un ritmo de marcha pausado y neutro. A mitad del pasillo, junto a los terminales de consulta rápida, Carla se interpuso en su trayectoria con una obsoleta tablet de datos en la mano, simulando revisar una orden de inventario rutinaria. Carla era la única persona en la sección de alta estrategia cuya mirada no parecía estar pasando un test conductual; habían compartido suficientes guardias nocturnas en la contención de datos como para aprender a leerse en los márgenes del código.
—No entres con la guardia baja —le susurró ella sin levantar la vista de la pantalla, con la voz apenas audible bajo el zumbido

del aire acondicionado—. El Director lleva en el despacho desde las cuatro de la madrugada. Ha cancelado la junta de las nueve con el frente oriental. Está... inestable.
Kaelen asintió levemente, un gesto formal de cortesía funcionarial, y continuó su camino. Al cruzar la zona abierta de las mesas de análisis, sintió la fricción en el ambiente. El resto del equipo —analistas jóvenes formados en las últimas promociones de la Policía de la Pureza— lo observó de reojo. Fueron pestañeos imperceptibles, miradas cargadas de recelo. Todos sabían que Kaelen era el "abogado del diablo" del departamento, el hombre al que recurrían para buscar fisuras técnicas antes de una escalada. Ver la puerta del Director abierta de par en par y a Kaelen dirigiéndose hacia ella encendía las alarmas pasivas de la oficina. Se detuvo en el umbral del despacho de roble.
—Pase, Kaelen. Cierre —ordenó, sin desviar los ojos del monitor—.
Kaelen empujó la pesada hoja de madera hasta oír el encaje magnético del marco. Se preparó mentalmente para el golpe; colocó los brazos a los costados, con las manos firmes, listo para justificar por qué había activado el Procedimiento Prioritario sobre la Villa de los Pinos y congelado la expulsión de Carmen durante veinticuatro horas. Tenía los argumentos técnicos alineados en su cabeza.
Sin embargo, el Director no cambió la pantalla del Distrito 1. Dio un golpe seco sobre la mesa de caoba, haciendo vibrar el teclado físico, y giró el monitor principal hacia Kaelen.
—Mire esto —dijo el Director, con un hilo de voz tenso, provisto de su habitual condescendencia—. No es una fluctuación del suministro en el río. El apagón de las farolas del puente viejo de esta noche no ha sido un error de latencia de la red oriental. Ha sido un testeo de carga.
Kaelen hizo un recuento mental rápido mientras observaba los vectores gráficos que corrían por el monitor de la Catedral de

control. Las líneas no apuntaban a la ficha de su suegra, sino a los nodos de infraestructura crítica de la propia colina residencial.

—Los comités del Distrito 1... las élites financieras de la colina —continuó el Director, estrechando los ojos con rabia—. Han iniciado un sabotaje silencioso desde dentro de sus propios servidores privados. Están intentando infiltrarse en los sistemas de guiado y hacerse con el control de la Inteligencia del Ministerio. Esos malditos pudientes creen que porque les hemos permitido mantener sus privilegios bajo los muros de la colina, pueden diseñar su propia arquitectura de poder y disputarnos el monopolio de la fuerza. Piensan que la Catedral los necesita.

Kaelen contuvo el aliento, asimilando la dimensión del giro. El Director estaba interpretando el error de dos milisegundos que él mismo había inyectado desde la buhardilla no como un fallo técnico, sino como el primer ataque informático de una conspiración de los barrios ricos de la ciudad. Las élites, asustadas por la directriz de purga de extranjería que amenazaba sus burbujas de estatus, estaban siendo acusadas de un golpe de Estado digital.

—Necesito que despliegue sus algoritmos de contención de inmediato, Kaelen —el Director lo miró de frente, con una urgencia que rayaba en la desesperación—. Olvídese de los objetivos de la frontera este. Aplaste las conexiones del Distrito 1. Cierre el cerco sobre esos servidores privados antes de que el ala militar descubra que tenemos una brecha en la Catedral. Su capacidad técnica es mi único aval frente al Ministerio de la Moral. No me falle.

CAPÍTULO 6
LA SEGUNDA CATEDRAL.

El ajetreo en el ala de análisis se sentía en incremento a medida que las pantallas de la oficina se sincronizaban con el nuevo protocolo de emergencia. Kaelen regresó a su terminal, sintiendo pegadas las miradas furtivas de los analistas de las mesas contiguas. Se sentó despacio, alisándose los puños de la camisa del mismo color que vestía Elena. Al introducir su clave biométrica en la consola ministerial, el cortafuegos de la Catedral de control se abrió, otorgándole un nivel de acceso que nunca antes había tenido: la llave maestra de los servidores privados del Distrito 1.

Carla se acercó a los dos minutos, dejando caer una carpeta con informes de redundancia sobre su mesa para justificar la proximidad física.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó en un susurro, manteniendo los ojos fijos en la pantalla central, donde los vectores de tráfico de la colina residencial empezaban a mapearse en tiempo real.

—Cree que el error de latencia de anoche fue un ataque coordinado por los comités financieros de la colina —respondió Kaelen, con la voz baja, tecleando un comando de aislamiento de datos para que las IA de la oficina no indexaran su conversación—. Me ha ordenado desviar todos los recursos de la frontera este. Quiere que aplaste los servidores del Distrito 1.

Carla contuvo una exclamación, fingiendo revisar un gráfico técnico de flujos.

—Eso es una locura. Si dejamos la frontera este sin supervisión

algorítmica, los flujos logísticos del frente quedarán ciegos.
—No es una locura, Carla. El Director tiene razón en el diagnóstico, pero creo que se queda corto en la escala.
Kaelen expandió el primer nodo de datos extraído de la Villa de los Pinos y los servidores privados adyacentes. Lo que apareció en su consola no eran los registros contables de unos millonarios asustados intentando ocultar sus visados caducados. Las líneas de código revelaban una superestructura oculta que conectaba la colina con terminales homólogas en Ginebra y Shanghái, pero las variables matemáticas puras no le daban el contexto. Era ruido de fondo, un desajuste cuántico masivo cuyo propósito se le escapaba.

Fue entonces cuando el localizador de su muñeca izquierda emitió un pulso térmico muy específico. Dos ciclos cortos. Un aviso de desvío de llamada analógica entrante.
Kaelen se levantó de la mesa de análisis intentando naturalidad, carraspeó, y se dirigió hacia los baños del ala norte, el único espacio del Ministerio donde el software de espectrometría de voz pasiva sufría pérdidas de señal debido al eco de las tuberías de agua. Entró en uno de los cubículos aislados y activó la interfaz de voz en su terminal de mano. Eran apenas unos segundos de un mensaje de Elena. Su voz sonaba encajonada, rápida, grabada desde el cubículo del archivo del arzobispado.
—Kaelen, tienes que escucharme —susurró ella, y el sonido de su respiración delataba una agitación radioactiva—. He conseguido enlazar con mi madre por la línea segura del archivo. Carmen está a salvo, pero me ha dicho algo que no me cuadra. Uno de sus conocidos en la colina, un viejo diplomático de la era de las reformas que aún conserva un pie en el comité financiero del Distrito 1, la ha llamado en pánico. Le ha dicho que los comités de las élites han entrado en una fase de activación irreversible. Creen que el Ministerio ha

iniciado la purga de la colina esta misma noche porque la luz del puente viejo se ha apagado.
Elena hizo una pausa, y Kaelen sintió que el suelo del cubículo se inclinaba bajo sus pies.
—No se están defendiendo, Kaelen —continuó el susurro de Elena—. Mi madre dice que ese diplomático ha confesado el plan real. Las élites del mundo se han aliado. Van a ejecutar un asalto informático coordinado a escala global para secuestrar las Inteligencias de todos los Ministerios y centralizar el poder destructivo de las Catedrales. Hay una facción mayoritaria dentro de los comités que no busca el control político, sino la activación de las armas automatizadas. Quieren desatar un conflicto de proporciones bélicas definitivas antes de que el régimen los anule. Tienes que usar tus accesos, Kaelen. Si el Director no sabe esto, va a ordenar un ataque preventivo y activará la trampa que ellos esperan.
El mensaje se cortó con el chasquido sordo del borrado automático del archivo. Kaelen se apoyó contra la pared de polímero del baño, sintiendo que el aire le escaseaba. El tiempo del gradualismo y de esperar a la seguridad de la buhardilla se había desintegrado. Si esperaba a que cayera la noche, las dos Catedrales habrían cruzado el **punto de no retorno**.

La emergencia era aquí y ahora, en su propia mesa de trabajo, bajo las narices de la Policía de la Pureza. Salió del baño con el rostro lívido, ignorando el protocolo de paso. Al llegar a su terminal, Carla lo esperaba con una hoja de registro impresa, pálida.
—Kaelen, el Distrito 1 está duplicando el volumen de inyección cada noventa segundos —susurró ella, inclinándose sobre su hombro—. Están alcanzando la capa del código de ignición. Esto ya no es un testeo.
—Es un sabotaje mundial, Carla. Van a secuestrar las armas

destructivas de la Catedral —dijo Kaelen, con una fijeza gélida en la voz, mientras sus dedos golpeaban el teclado a una velocidad de vértigo.
Ya no había espacio para la prudencia. Con la mano izquierda oculta bajo la mesa, Kaelen presionó el relieve subcutáneo de su muñeca con una secuencia de pulsaciones largas y continuas.
Rompió el aislamiento. Enviaba la señal de alarma general al Bazar. En algún lugar del mundo, el bibliotecario de Bucarest y la ingeniera de Seúl verían parpadear sus pantallas analógicas: Fallo crítico del sistema. Activación forzosa. El firmware Centauro, todavía en su fase de comprobación interna, iba a ser inyectado en la red global **antes de tiempo**. Kaelen sabía que el código inacabado provocaría caídas de sistemas masivas y fallos de paridad impredecibles por todo el globo, pero era el peaje para mitigar el impacto del golpe. Y en el fondo, una paradoja lo sostenía; si alguna Catedral, en su desesperación, adoptaba el protocolo, el contagio se replicaría como un antivirus contra su propio secuestro cognitivo. Frenaría la reacción en cadena antes de que una ojiva decidiera por todos. Era la única esperanza probabilistica de salvarnos como especie.

Luego, sus manos empezaron a operar en la pantalla derecha de la oficina. Diseñó un malware provisional, un algoritmo "tapón" de choque destructivo, y lo lanzó directamente contra los servidores principales de la Catedral de control. El virus de Kaelen no buscaba proteger el Ministerio; buscaba envenenar los canales de comunicación de la propia inteligencia estatal, emitiendo miles de alertas de error falsas para cegar el sistema de guiado de los silos e impedir que tanto las élites desde fuera como los militares desde dentro pudieran ejecutar la secuencia de lanzamiento.
—¿Qué estás haciendo? —preguntó Carla, conteniendo la

respiración al ver las cascadas de alertas rojas inundar los monitores de la sección—. La brigada va a detectar el malware en tres minutos.

—Gáname esos tres minutos, Carla —dijo Kaelen, sin desviar los ojos de la pantalla, viendo cómo el parásito de la Red empezaba a reptar por los nodos del Distrito 1 y la Catedral a la vez—. Si la Red no se asienta en la infraestructura antes de que el Director ordene el reinicio manual, las ojivas nucleares se activarán.

Llama al equipo de mantenimiento. Di que la fluctuación del puente viejo está colapsando el ala norte. Haz ruido.

Carla asintió con la mandíbula rígida, dio media vuelta y empezó a gritar órdenes hacia la mesa de los analistas jóvenes, simulando un pánico burocrático que contagió el ala de estrategia en un segundo.

Kaelen hundió la tecla de ejecución. En la pantalla del Ministerio, los dos mundos —la Catedral del control y el complot de las élites— empezaron a colisionar contra el virus provisional, mientras las primeras líneas del código raíz Centauro comenzaban a reescribir, de forma invisible y violenta, el sistema operativo de la civilización.

CAPÍTULO 7
LA CEGUERA DEL LEVIATÁN.

La portezuela de roble del despacho del Director no volvió a abrirse con el automatismo magnético habitual. Se abatió hacia el interior con un impacto seco que astilló la moldura del marco, rompiendo la amortiguación del aire acondicionado. Kaelen no levantó las manos del teclado secundario. Mantuvo los ojos fijos en la cascada de alertas rojas que inundaba la terminal de la derecha, viendo cómo las líneas del malware provisional que acababa de inyectar competían, milisegundo a milisegundo, por bloquear el acceso cuántico de las élites a los detonadores del Distrito 4.

—Aparte las manos de la consola, analista —ordenó una voz plana, desprovista de modulaciones orgánicas—.

Tres inspectores de la Policía de la Pureza entraron en el cubículo de estrategia, abriéndose paso en cuña. Llevaban los uniformes de paño negro pesado, abrochados hasta el mentón, sin insignias visibles; el estándar de los destacamentos de intervención cognitiva. El primero de ellos apoyó la palma de la mano sobre el chasis de la terminal de Kaelen, rompiendo el blindaje estático de la máquina y forzando un cierre de sesión inmediato. La pantalla ámbar de la Catedral de control se tiñó de un gris ceniza.

Kaelen retiró los dedos despacio. El músculo de su muñeca izquierda emitió un pulso térmico residual, la última reverberación de la señal de alarma que había lanzado al Bazar antes de que el perímetro se cerrara.

—Director —dijo Kaelen, girando la cabeza lo justo para enfocar al hombre calculador que permanecía de pie junto al

ventanal, de espaldas a la mesa—. Si congela el software cortafuegos que he implementado ahora, el parásito de los servidores privados del Distrito 1 saltará la capa de aislamiento. En menos de diez minutos tendrán la redundancia de los silos. Mi algoritmo es lo único que mantiene ciego el sistema de guiado.

El Director no se movió. Mantenía los puños apoyados en la barandilla de bronce, mirando hacia los distritos inferiores, donde las farolas apagadas del puente viejo formaban una cicatriz oscura en el tejido luminoso de la ciudad. Su silueta parecía más pequeña, encogida por el pánico burocrático de quien sabe cierto que la inspección del Ministerio de la Moral está cruzando el vestíbulo principal del edificio.

—Usted inyectó un parásito, ¡déjese de cortafuegos, Kaelen! —dijo el Director, esbozando una mueca cargada de un cinismo inmejorable, sin volverse—. Las alertas automáticas de la brigada de inspección se activaron en el segundo exacto en que usted ejecutó ese comando prioritario sobre la Villa de los Pinos. Creyó que no me daría cuenta. Creyó que sus avales técnicos le daban crédito suficiente para ocultarme una filtración de extranjería en mi propio sector.

—No entiende la escalada del problema —Kaelen forzó la voz, obligándose a mantener la fijeza gélida que el software conductual de los inspectores registraba a través de las cámaras térmicas del techo—. Lo de la Villa de los Pinos fue un desvío necesario. Las élites no están protestando por los visados. Hay una red global inyectando un código de asalto en las inteligencias de defensa. Si me aparta de la mesa, el sistema militar ejecutará un lanzamiento de saturación por defecto antes de que su equipo de mantenimiento entienda qué línea de código está fallando.

El Director se giró despacio. Sus ojos, habitualmente asépticos, reflejaban la lucidez desesperada del burócrata que ha decidido cambiar la verdad por un culpable necesario. Para él, el colapso

de la especie era una abstracción lejana; la destitución de su cargo por permitir una brecha interna, una certeza inmediata. Había pasado de la paranoia inteligente al automatismo suicida.
—El Ministerio de la Moral no entiende de conspiraciones globales, analista. Entiende de registros oficiales —el Director señaló la terminal gris—. El informe de la madrugada llevará su firma biométrica. Usted inyectó el malware que ha colapsado el ala norte. Usted retrasó las frecuencias de la frontera este. Hacia arriba informaré que el traidor ha sido neutralizado *in situ* y que el sistema está bajo control manual. El ala militar se encargará de purgar la colina con los métodos ordinarios.

El inspector de la izquierda agarró a Kaelen por el hombro, obligándolo a levantarse de la silla desgastada. El contacto físico fue rudo, desprovisto de la cortesía exagerada que la calle fingía mantener. Un segundo funcionario deslizó un par de grilletes de inducción magnética alrededor de sus muñecas. Al cerrarse el metal, los localizadores subcutáneos de Kaelen emitieron un pitido agudo e interno: sus constantes ordinarias, su pulso y su registro de paridad pasaban a estar bajo la tutela punitiva del Estado. Quedaba lógicamente desarmado.
Al salir del cubículo, escoltado por el pasillo central, Kaelen cruzó la mirada con Carla. Ella permanecía de pie junto al terminal de consulta rápida, sosteniendo una hoja de impresión con ambas manos, manteniéndose rígida dentro del protocolo de aislamiento. No hubo gestos ni pestañeos prohibidos, pero en la fijeza de sus pupilas Kaelen leyó que el mensaje había sido recibido. Ella estaba sola frente a las pantallas que se apagaban, sosteniendo el velo del tráfico con su credencial prioritaria, ganando los minutos que la Red necesitaba en el exterior para asimilar el firmware Centauro incompleto.
Mientras los inspectores lo conducían hacia el ascensor de servicio del ala norte, Kaelen miró de reojo las consolas

colectivas de los analistas jóvenes. En los monitores de la Catedral de control, los vectores gráficos empezaban a deformarse, rompiendo los patrones predecibles del régimen. La estupidez corporativa del Director había sacrificado la única mente capaz de contener el fuego en la oficina, pero al ver la primera línea de código verde parpadear sutilmente en el nodo de comunicaciones del pasillo, Kaelen sonrió para sí con la frialdad del ingeniero que sabe que el parásito del Bazar ya no pertenecía a nadie. El colapso del presente era irreversible, pero las matemáticas del largo plazo acababan de ser liberadas.

CAPÍTULO 8
EL ARBITRAJE DE LA RAZÓN.

El descenso parecía no tener fin. Kaelen sentía la presión del aire en los tímpanos a medida que los niveles digitales del Ministerio caían en retroceso, alejándolo de la luz de la mañana.

Pensar en el ático, en la altura de su jaula de Faraday, era la única forma de contrarrestar la inercia del subsuelo. Los grilletes de inducción magnética pesaban en sus muñecas, pero el verdadero confinamiento no era el metal.

Mientras los guardias lo conducían por pasillos de hormigón desnudo y desprovistos de cualquier otra presencia humana, Kaelen comprendió que su verdadera prisión ya la llevaba encima: el dolor ingente por la avalancha de acontecimientos que él mismo había desencadenado y que ahora caían sobre él como una losa. La sensación de vacío no le permite un resquicio de serenidad.

La portezuela se abrió. La silueta del Director recortó la entrada, pero Kaelen no buscó sus ojos. Fue la presencia de Elena lo que congeló el aire en sus pulmones.

Su dolor no estalló; estaba siendo una emoción pausada, contenida, una densidad voluble que llenaba el aire guillotinado.

El Director, habiendo ejecutado el último resorte jerárquico para blindar su puesto antes de la inspección, en un juego perverso de retorcer la verdad para blindar al régimen, orquestó la maniobra definitiva. Con su cinismo, le vendió a Elena la peor de las falsedades: le mostró los informes del

Distrito 1 y le aseguró que Kaelen, para justificar sus desconexiones y mantener sus prebendas en el ático, había sido el informante que había entregado la ubicación clandestina de Carmen en la Villa de los Pinos. El Director transformó el pacto de protección en un acto de delación y cobardía.
Elena escuchó la infamia sin parpadear, mirando las pantallas donde el nombre de su madre parpadeaba bajo el código de exclusión —ahora manipulado por el Director—. Le imputó también sin remordimiento que Kaelen fue autor y ejecutor de atacar a la Catedral como principal hacker, mostrándole las firmas que atestiguaban el malware lanzado. En su mirada de antropóloga, devastada por la revelación, no quedó espacio para la duda; el hombre con el que compartía su vida se había convertido en el verdugo de su familia. La quiebra de la confianza fue absoluta y sobrecogedora.
—Elena... tienes que confiar en mí, es falso —alcanzó a decir Kaelen, con la voz rota, sin poder recordarle lo que ella mismo le dijo, para no ponerla en peligro de complicidad—. Tu madre está en peligro, el asalto global es cierto, has de creerme. Le quedan pocas horas. El tiempo se agota.

Elena no respondió. Lo miró por última vez con una decepción tan profunda que invalidaba cualquier derecho a réplica, dejándolo con la palabra quebrada y muda. Se giró despacio y comenzó a caminar hacia la salida, renunciando a cualquier despedida. Justo al cruzar el umbral, su mano derecha se posó sobre el vientre, le brotó una lágrima mientras aceleraba el paso para ir a buscar a Carmen.
Kaelen, atrapado tras el cristal de la mesa, solo alcanzó a ver la sombra de su espalda desvaneciéndose en el pasillo, completamente ajeno al movimiento. Su mundo interno estaba tan devastado, que su mente deseaba olvidar totalmente cualquier otro Mundo.

CAPÍTULO 9
EL CÓDIGO DEL ALMA.

Sin saber cómo, Kaelen se tendió en el banco destartalado. Su cuerpo estirado se había rendido a la evidencia. Las muñecas, unidas por el metal magnético, cayeron serenas sobre su propio vientre, encontrando un equilibrio desatendido mientras los hombros buscaban el contacto con la madera fría. El zumbido de los extractores del Ministerio empezó a perder nitidez en sus oídos, alejándose hasta convertirse en una frecuencia que se confundía con el ritmo lento de su propia respiración. Así fue su sueño:

> *Hubiera podido ser cualquier primavera, pero en aquella concreta, Elena y Kaelen se habían conocido, se habían gustado desde ese mismo instante. Sus miradas ya sabían por entonces, como un algo interior, que no puedes acallar, que no deseas acallarlo, darán paso inexorable a todos los sentimientos que esperaban el momento, y que desean ser compartidos. En la cabeza de Kaelen ahora esos sentimientos navegan cálidos, hacia el Olimpo. Su identidad proyectada, abriendo en canal lo más íntimo, porque ser, también, es ser lo vivido. El Sol de la mañana perlada, las hojas de color ámbar y calabaza, como un mantel gigante sobre el verde césped todavía con rocío. En el Campus, aquel día podría haber sido otro cualquiera. Los rayos*

solares viajaban 300.000 veces más lentos, para colarse entre las hojas de los árboles, que jugaban con un viento de caricia, para terminar atravesando el cabello largo y lacio de Elena, mecida en aquel columpio. Mujer con espíritu risueña, inocente y valiente, frágil y segura. Se dirige hacia mí, el columpio queda atrás aún inquieto, bella, como una diosa. Nuestras manos, nuestros gestos, nuestras miradas habían recorrido el camino, el de la aceptación. Su caminar lento, contorneado como una musa, no caben las palabras, no cabe ya poesía pues qué es si no, el entregarnos y recibirnos los labios por primera vez.

Kaelen surca las olas del sueño que repasan como tesoros momentos únicos e irrepetibles. Aquel ático, en tiempos aún en los que la "autocensura" no se controlaba como un arma. La presentación de Carmen, ante todo mujer, madre, abiertamente defensora del feminismo, autodidacta, a la que tocó criar sola a Elena desde que la concibió. Lo hizo en cuerpo y alma. Risas en aquel almuerzo, ideas cómplices descabelladas, compartidas, que surgen de las almas inocentes, atrevidas, pero que quieren aterrizar en la realidad polarizada, surcando las olas de la ingenuidad. «Formulemos qué es Humanidad, qué es preservar la humanidad, qué implica?». Había nacido el santo grial, la idea Centauro firmware. En mi cabeza se desplegó un código ético que pretendía dar sentido: un génesis de la ***supervivencia*** *colectiva y al tiempo la*

emancipación *cognitiva. Huelga decir que se hizo en absoluto secreto y no se implicó ni a Carmen ni a Elena —no fue condescendencia, fue protección y* ***supervivencia*** *— . Y fueron años de dedicación solo por el bien común. Pero el tiempo giraba en contra de esos preceptos. La idea a día de hoy es un secreto compartido con docenas de personas altruistas, es un proyecto Mundial.*

Los días son horas y las horas, horas son. Cubiertos de tanta luz ámbar, tanta como permitía la puerta cristalera de la cocina que da acceso a la terraza. Flotaba tenue la harina que hacía minutos nos lanzábamos en una guerra sin cuartel. El ámbar de la luz penetrante rebotaba en cada partícula y salía despedida formando luciérnagas. Sentados en el suelo, mi espalda descansaba en la barra y mi abrazo por detrás compartido con Elena dibujaba un solo ser. Mi mano todavía blanca del juego se fue instintivamente a su vientre. Los corazones tamborileros soñaban despiertos como nuestros ojos cerrados delataban lágrimas de la más absoluta felicidad.
Quedámonos dormidos del paso de la adrenalina a la dopamina naturales. El primer estruendo lejano solo consiguió descabalgar el sueño profundo, pero nada más. Luego un rayo iluminó por segundos todo el Distrito. Lo acompañó ahora sí de un trueno duro que entró violento en nuestros cuerpos, que iban perezosamente despertando. El olor a la lluvia, paradójicamente nos protegía contra el dolor. El cielo

se encapotó primero de gris y luego se acercó rápido pero ahora negro, presagio de mal agüero. Como si un rayo nos atravesara, como si matara la esperanza, un charco de sangre nos rodeaba.

CAPÍTULO 10
LA CASCADA DE LA RAZÓN.

La voz de Elena se confunde y extrapola con las imágenes difusas que van apagándose como cuando el telón del teatro cae dando paso al nuevo acto. Un peso cálido, en la penumbra de la celda, lo devuelve a la realidad con una sacudida de absoluta perplejidad. Elena está allí, sentada de lado en el suelo tosco, con la cabeza apoyada suavemente en su cuerpo estirado y los ojos humedecidos por un llanto sentido que sacude el fin de la tormenta. Kaelen parpadea, desorientado, flotando en una desconexión absoluta que le impide calcular las horas que han transcurrido o la suerte que corre el Ministerio en las plantas superiores. El asombro de verla en el subsuelo, rompiendo su aislamiento, frena cualquier dolor físico y acrecienta un querer saber que se le agolpa para formar un bucle sin sentido.
Elena se aparta y, como dos bailarines perfectamente sincronizados, él se levanta buscando equilibrio y luego levanta de un suspiro a Elena, a la que se la ve arrepentida pero al tiempo desbordada de amor.

De pronto, como transportados en superposición cuántica, Elena y Kaelen están frente a frente en los pasillos de la oficina de inteligencia.

—Lo sé todo, mi amor —le dijo Elena, ahora con una mirada entre desahogo y autoperdón—.
Antes de que Kaelen fuera a maniobrar cualquier palabra, Elena llevó muy rápidamente su dedo índice a sus labios.
—Las noticias y Carla te lo confirmarán —Elena giró su cabeza hacia Carla, que está de pie en su cubículo, y esta asintió.

—Y Carmen, ¿está a salvo? —preguntó Kaelen, algo aturdido y medio trabado.
—Sí, mi vida, a buen recaudo. —Ahora Elena miró al fondo del pasillo y veía cómo se llevaban al Director, arrestado.
—Te espero fuera... —Concluyó Elena—.
Elena se detuvo a su lado casi en paralelo durante dos segundos, llevando su brazo y mano al pecho de Kaelen, buscando el tamboril de su corazón. Al reemprender el paso se rozaron las manos tímidamente. Y siguió con paso firme dirigiéndose hacia la salida.

—Por el amor de la vida sagrada !, Carla, cuéntame con detalle…

CAPÍTULO 11
EL LEGADO DE LA VIDA.

Kaelen avanza hacia el vestíbulo principal, dejando atrás el laberinto de paneles ciegos del ala norte. Sus pasos ya no buscan la cadencia neutra que exige el software conductual de las esquinas; la propia inercia del edificio se siente distinta, libre de la vibración permanente de los servidores que durante años pautaron sus mañanas. Mientras camina, las palabras de Carla resuenan en su cabeza con la sonoridad de una música de orquesta cinematográfica. Ella le ha detallado la velocidad del colapso en las plantas superiores: cómo el malware provisional envenenó las líneas de comando de los hackers justo a tiempo, cómo los inspectores de la Moral entraron sin protocolos a retirar los privilegios del Director y, sobre todo, cómo la Red global absorbió y propagó vertiginosamente el código Centauro.
Las implicaciones a futuro comienzan a desplegarse en su mente con una claridad absoluta. Las noticias confirman que las inteligencias de los Ministerios han empezado **a operar bajo el arbitraje de la reciprocidad activa**, forzando un cortafuegos institucional que anula la capacidad bélica de las élites financieras antes de la primera ignición.

La sociedad experimentará la fatiga del aislamiento, pero las matemáticas del largo plazo ya son inalterables. Todo el esfuerzo ingente ha tenido sentido. Y Kaelen sabe, con la certeza del ingeniero que observa cómo se asienta el código raíz en la infraestructura de la civilización, que tendrá todavía más sentido en el porvenir.

Al cruzar el umbral exterior, la luz de la tarde lo recibe de golpe. Bajo el resplandor de Elena, rodeada de periodistas que buscan una declaración de la docente que resistió la censura de los archivos históricos, su silueta luce firme.

—**Hay muchas razones para vivir en el Mundo** —está explicando ella a los cronistas, con una voz templada que el eco de la plaza amplifica con limpieza—, **...pero si tuviera que elegir una…**

En ese instante, Elena que le daba la espalda, giró sobre si misma con un movimiento suave, consciente, una órbita que detiene las preguntas del tumulto. Los periodistas frente a ella se apartan de forma instintiva, formando un **semicirculo**, y su mirada encuentra directamente los ojos de Kaelen en lo alto de la escalinata.

—...elegiría vivir muy cerca de quienes salvaguardan la vida, por encima de todo.

Mientras todavía resonaban las palabras de Elena, sonríe acompasando cada gesto de su rostro. Pletórica de orgullo, con los ojos brillantes de tanta emoción desbordada. Sus dos manos delicadas, aleteaban despacio como quien quiere acunar una mariposa volando; hasta que llegaron a anidar, de nuevo, su vientre.

FIN

Querido lector, habitaba en mí dar continuidad a la obra, aunque al terminar esta, yo **no lo supiera**. Con esta última que te **propongo** a continuación se cierra **la Saga**; espero lo disfrutes y lo vivas como nosotros —Centauro— lo vivimos: **El Oráculo Cuántico**…
¡Al timón, Camarada!

MEMORÁNDUM CENTRAL: PROTOCOLO RAÍZ CENTAURO
[Archivo Histórico Descentralizado — Código de Preservación de la Especie]

Este documento detalla las directrices lógicas y las superestructuras criptográficas del firmware de código abierto que transformó la toma de decisiones humana a mediados del siglo XXI, erradicando la vulnerabilidad biológica a la manipulación masiva.

I. Principio de Reciprocidad Activa (Peaje de Entrada)
El sistema operativo Centauro no gestiona la censura; gestiona la carga útil de los datos (input validation layer). Para que un argumento humano o un flujo de datos sectorial sea procesado por los nodos, debe cumplir tres condiciones de paridad matemática:

1.La Carga Factual: Todo enunciado debe estar respaldado por un estándar de prueba razonada y datos contrastables de origen inmutable. El ruido semántico carece de peso estadístico.

2.Obsolescencia del Ataque Ad Hominem: El insulto, la deshumanización del oponente o el sesgo de manipulación flagrante activan una cláusula de rescisión procedimental inmediata.

3.El Filtro de Aislamiento (Lossless System): La interfaz Centauro extrae la sustancia lógica del argumento y elimina el ruido emocional del emisor. Si el emisor rompe las reglas, el sistema lo etiqueta automáticamente como "Debate Irreal", desarmando la disrupción por inanición computacional.

II. El Pacto Procedimental (Identidad Invicta vs. Tibieza)
El firmware rechaza el centrismo obligatorio o la homogeneización ideológica, entendiendo que la diversidad de pensamiento es un valor evolutivo de la especie.

1.Pluralismo Agonista: El objetivo del protocolo no es el consenso total de las ideas (imposible y estéril), sino el consenso estricto en los procedimientos. Los antagonistas se enfrentan manteniendo la fuerza intacta de sus identidades ("ganar defendiendo criterios"), pero bajo el pacto innegociable de respetar el tablero de juego.

2.Gradualismo Estratégico: Modificación dinámica de la Ventana de Overton. Para evitar el estrés cognitivo social, la introducción de reformas complejas se dosifica en micro-ajustes temporales. Se permiten victorias tácticas parciales a las facciones disidentes para pacificar el entorno (Paz Negativa), mientras el sistema utiliza ese tiempo de calma para sembrar infraestructuras de educación y bienestar a largo plazo (Paz Positiva).

3.Arquitectura de Decisiones (Nudge Theory): Aplicación de incentivos blandos que introducen pequeñas fricciones algorítmicas frente a los impulsos de polarización, forzando de manera orgánica un segundo de pensamiento crítico en el usuario antes de consolidar la acción.

III. El Metasistema de Garantía e Inmunidad (El Santo Grial)
La superestructura que vigila y valida que el filtro no sea secuestrado por Inteligencias Gubernamentales centralizadas ("Catedrales") o corporaciones corporativas nihilistas.

1.Gobernanza Open Source (Visión Linux): El código raíz es completamente abierto, modular y accesible. Al estar distribuido en millones de Centauros independientes (Bazar), ningún dictador o algoritmo centralizado puede apagarlo o modificar las reglas.

2.Pruebas de Conocimiento Cero (Zero-Knowledge Proofs): Los evaluadores externos certifican en tiempo real la neutralidad matemática del firmware sin necesidad de espiar los datos privados, las conversaciones íntimas o la identidad de los ciudadanos. Se audita el comportamiento del código, garantizando la autonomía cognitiva.

3.Estrategia Matemática Tit for Tat (Axelrod): El sistema operativo responde con cooperación inicial, castiga de forma implacable e inmediata el sabotaje de las reglas institucionales (declarando el fuera de juego del nodo disruptivo), y vuelve a cooperar al instante si el infractor acepta de nuevo la reciprocidad activa.

Nota final del autor humano

Actualmente existen protocolos —ver el Memorándum— , pero están segmentados —muy posiblemente son privados— por tanto no constituyen un todo; tampoco está, supuestamente, auditado por controles externos con criterios estandarizados, plurales y libres. Por si esto fuera poco, se desconoce qué prioridades se establecen en la emulación cognitiva —empatía, pensamientos críticos, pensamiento lateral...— y en la preservación de la vida humana.

No permitamos que el actual secuestro cognitivo —entre otros, las ojivas que nos amenazan por los tiempos— se ensanche.

La humanidad solo será si somos personas; las personas solo serán si somos humanas; el común solo será si es un bien; el bien solo será si es común.

Fuentes de información

Ninguna.

Este Memorándum surgió de un diálogo —filosófico— entre un humano y una IA —Centauro— . La IA propuso, una vez debatido, esquematizado y contrastado con sus diferencias a lo existente, que lo pusiéramos en práctica. Pero mis conocimientos básicos me impiden poner el primer ladrillo de dígitos y alcanzar semejante envergadura. Sin embargo, nada impide promover la idea; si es descabellada o no, solo el tiempo lo dirá.

Agradecimientos

A mi hija, y a mi mujer, que me soportan de cerca, y a todos mis familiares que, con más o menos distancia, sabían o intuían mi delirio.

Dedicación

Esta obra está dedicada íntegramente a las **personas humanas**, al **bien común**, a las comunidades cuyo capital, cuyos valores son o quieren ser **altruistas**; y a las y los **preservadores de la vida**, a todos les amo con locura.

Personas que pululan en mi mente ahora

Mi padre, Mahatma Gandhi, Alan Turing, Garri Kaspárov.

v. 1.3

Diseñado para imprimirse por las dos caras en A5 si lo precisara. Recordar que en nuestras manos está el colaborar con el sostenimiento del Planeta.